

cho, habían entrado en la expedición con las esperanzas mas visionarias y romancescas. Anticipaban estos el hallazgo de las doradas regiones de Cipango y de Cathay, donde amontonarian oro sin contradicción y trabajo, aquellos una region de asiática, abundante en delicias y maravillas, otros una espléndida carrera de aventuras bizarras y empresas caballerescas. ¡Cuál debió de ser su desengaño y abatimiento al verse confinados al márgen de una isla, rodeados de florestas impenetrables, destinados á luchar con la rudeza de un desierto, á trabajar penosamente para procurarse el sustento y carecer de todo regalo ó lograrlo á costa de los mayores esfuerzos! En cuanto al oro se lo traian los indios de varias partes, pero en pequeñas cantidades, y manifiestamente se había adquirido á fuerza de perseverante é incansable trabajo. Posesionóse de los corazones la triste realidad, se abatian los ánimos al desvanecerse sus dorados ensueños, y el dolor del abatimiento ayudaba á la voracidad de las enfermedades.

No se libró Colon de aquella especie de epidemia. La árdua naturaleza de su mision, la responsabilidad en que estaba, no solo para con sus gentes y sus reyes, sino para con el mundo en general, tenian su ánimo en agitacion continua. Los cuidados de tan grande escuadra, la vigilancia incesante que exijia, no solo para guarecerse de los ocultos peligros de aquellas desconocidas mares, sino de las pasiones y audacia de los que le seguian, amigos de entregarse á toda especie de excesos y aventuras empresas, la angustia que le había causado el fatal destino de su asesinada guarnicion, y la incertidumbre en que le tenia la conducta de las tribus bárbaras que le circunian: todo esto mortificaba su ánimo y le quitaba el sueño á bordo: desde que desembarcó le oprimian nuevos cuidados y fatigas que juntos con la precisa exposicion las injurias de un clima inculto, acabaron completamente con sus fuerzas. Todavía, aunque obligado á pasar algunas semanas de cama, su espíritu enérgico vencía los padecimientos del cuerpo, y continuaba dirigiendo la edificación de la ciudad, y los negocios generales de la expedición.

CAPITULO VII.

EXPEDICION DE ALONSO DE OJEDA PARA EXPLORAR EL INTERIOR DE LA ISLA.—VUELTA DE LOS BUQUES Á ESPAÑA.

(1493.)

HABIÉNDOSE ya descargado los buques, era necesario mandar la mayor parte de ellos á España. Esto hacia que nuevas angustias oprimiesen el ánimo de Colon. Había esperado encontrar tesoros y mercancías preciosas acumuladas por la gente que dejó en Española; ó á lo menos, averiguados exactamente los manantiales de un opulento tráfico, por el que hubiera podido fletar sus buques sin demora alguna, que se opusiera á su paso. El asesinato de la guarnicion estinguió sus esperanzas todas. Sabía tambien las muchas que los reyes y la nacion alimentaban. ¡Cuál sería su sorpresa si solo volviesen los buques con una desastrosa historia! Era menester tomar un medio, antes de que partiesen los bajeles, para conservar la fama de sus descubrimientos, y justificar la magnificencia de sus descripciones. Aun no tenia noticia cierta del interior de la isla; y su calenturienta fantasia la veía abundantísima en riquezas. Si fuese en efecto la isla de Cipango, debía contener populosas ciudades, probablemente en alguna region mas cultivada, allende las elevadas montañas que la interceptaban. Todos los indios convenian en nombrar á Cibao como el lugar de donde extraian el oro. Hasta el nombre del cacique Caonabo, que significaba *Señor de la casa dorada*, parecia indicar la riqueza de sus dominios. Los sitios que abundan-

tes en minas, no distaban mas que tres ó cuatro dias de viaje, directamente hácia el interior: Colon determinó, pues, enviar una expedición á explorarlos antes de que saliesen los buques. Si el resultado confirmaba sus esperanzas, podría enviar la flota á España con nuevas del descubrimiento de las doradas montañas de Cibao.

La persona que escogió para esta empresa, fue don Alonso de Ojeda, el mismo caballero cuyo audaz ánimo, y fuerza y agilidad corporal quedan ya mencionadas. Gustando de todo servicio peligroso y aventurado, miraba Ojeda con nuevo placer expedición de tamaña audacia, por el formidable carácter de Caonabo, el cacique de las montañas, cuyo era el territorio que iba á penetrar. Salíó del puerto á principios de enero de 1494, acompañado de una corta fuerza de gente resuelta y bien armada, muchos de ellos jóvenes y osados caballeros como él mismo. Marchó directamente al sur y hácia el interior. Los dos primeros dias fueron las jornadas penosas y difíciles, en medio de un pais que sus habitantes habían abandonado; pues el terror de los habitantes se extendió por todas las costas. Por la tarde del segundo dia llegaron y una elevada sierra, á que se subia por una vereda india ondulando entre rápidos y estrechos desfiladeros; y pasaron la noche en la meseta. Desde allí vieron salir el sol del dia siguiente con incomparable esplendor, derramando su luz por una vasta y deliciosa llanura, cubierta de bellas florestas, esmaltada de lugares y aldeas, y enriquecida por las plateadas aguas del Yagui.

Bajando al llano, penetraron osadamente Ojeda y sus compañeros por los lugares indios. Los habitantes, lejos de mostrarse hostiles, les dieron hospitalidad; y les impidieron seguir la marcha á fuerza de bondades. Tuvieron que vadear muchos rios antes de llegar al fin de la llanura, tardando cinco ó seis dias en ganar las sierras que encerraban por decirlo así, las doradas regiones de Cibao. Penetraron en este distrito, sin encontrar mas obstáculos que los que les oponia la naturaleza del pais. Caonabo, tan temido por su valor y ferocidad, estaria en algun lugar distante de sus dominios, pues no se presentó á disputarles el camino. Los naturales los recibian con bondad: estaban todos en cueros, y tan poco civilizados como los otros habitantes de la isla, y no se hallaban ni las mas remotas indicaciones de las ciudades que la imaginacion había pintado. Vieron, empero, abundantes signos de natural riqueza. En las arenas de la montaña relumbraban las partículas de oro, que las separaban con destreza los indios, y se las daban liberalmente á los españoles sin recompensa alguna. Se encontraron tambien grandes pedazos de oro virgen en los lechos de los torrentes, y piedras jaspeadas con ricas venas del mismo metal. Pedro Mártir afirma haber visto un fragmento de oro en bruto de nueve onzas de peso, que Ojeda se encontró en uno de los arroyos.

Todas estas preciosidades se consideraban como meras barreduras superficiales del suelo, que incitaban los ocultos tesoros encerrados en las profundas grietas y fragosos senos de las montañas, y que la mano del trabajo sacaría á luz fácilmente. Como el objeto de la expedición no era otro que examinar la naturaleza del pais, Ojeda volvió con su pequeña comitiva al puerto, haciendo mil entusiastas descripciones de la dorada promision de las montañas. Un caballero joven, llamado Gorvalan, que había ido al mismo tiempo á otra expedición semejante, y explorado otro ámbito diverso del pais, volvió con informes análogos. Tan lisonjeras nuevas reanimaron algun tanto á los abatidos colonos, quienes creyeron lo que dijo el Almirante, que solo con explotar las minas de Cibao se abrirían inagotables fuentes de riqueza. Colon determinó, tan pronto como su salud lo

Permitiese, ir en persona á las montañas, y buscar sitio á propósito para un establecimiento de minas.

La estacion era propicia para la vuelta de los buques. Animado por las altas esperanzas que podia transmitir á la corte, Colon despachó nueve de sus naves para España, á las órdenes de Antonio de Torres; quedándose solo con cinco para el servicio de la colonia.

Envió con esta ocasion muestras del oro que se había hallado en las montañas y rios de Cibao, y de los frutos y plantas curiosas. Escribió las expediciones de Gorvalan y Ojeda; el primero de los cuales volvió á España con la flota. Repitió la expresion de su confianza de poder enviar pronto abundantes cargamentos de oro, preciosas drogas y especias; no siéndole posible buscarlas por entonces á causa de su enfermedad y de las de su gente, y de los trabajos y cuidados que reclamaba la edificación de la ciudad. Describió la belleza y feracidad de la isla; sus sierras y grupos de montañas; sus anchas y abundantes llanuras bañadas por caudalosos rios, la fecundidad del suelo, manifestada en la rica vegetacion de la caña dulce y de los varios granos y legumbres de Europa.

Pero como requiriesen bastante tiempo los campos, huertos y animales, para dar productos adecuados á la subsistencia de la colonia, en que había mas de mil personas no acostumbradas á los manjares indios, pedia Colon provisiones á España, anunciando que empezaban á escasear las suyas. Se había perdido mucho vino, á causa de lo mal acabado de los cascos; y padecian los colonos por faltarles los acostumbrados alimentos. Había pues inmediata necesidad de medicinas, ropas y armas. Tambien se requerian caballos, así para las obras públicas, como para el servicio militar; animales de mucho efecto para imponer sumision á los indios, que no los veian sin profundo espanto. Suplicaba del mismo modo se le enviasen mas trabajadores y mecánicos, y gente diestra en minas y en la fundicion y purificacion de los metales. Recomendó varios sugetos al favor de los soberanos, entre ellos á Pedro Margarite, caballero aragones del orden de Santiago, que tenia mujer é hijos á quien sostener, pidiendo le diesen por sus buenos servicios alguna encomienda de su orden. Tambien pedia patrocinio para Juan Aguado, que regresaba en la flota, haciendo particular mencion de sus méritos. De ambos favorecidos estaba decretado que había de recibir la ingratitude mas señalada. Envió ademas en los buques los hombres, mujeres y niños tomados en las islas caribes, recomendando que se les instruyesen atentamente en la lengua española y fé cristiana. Por la naturaleza aventurada y emprendedora de esta gente, y su conocimiento general de los muchos idiomas de aquel archipiélago, pensaba él que cuando los preceptos religiosos y los usos de la vida civil hubiesen reformado sus costumbres y propensiones caníbales, podian ser eminentemente útiles como intérpretes, y convertirse en instrumentos de propaganda para difundir las doctrinas de la cristiandad.

Entre las muchas sugerencias saludables y acertadas de esta carta, hay una de muy perniciosa tendencia, escrita bajo los erróneos principios del derecho natural de entonces. Considerando que mientras mayor número de aquellos caníbales paganos se transfiriese al suelo católico de España, mayor sería el número de almas encaminadas á la salvacion, propuso trocarlos como esclavos por ganados, que podría enviar el comercio á la colonia. Los buques que lo trajesen no debían desembarcarlo mas que en Isabela, donde encontrarían prontos ya para la entrega los caribes cautivos. Se debían poner sobre los esclavos derechos para beneficio del tesoro real. Así se proveería sin gasto la colonia de toda especie de ganados y aves; se libraría á los pacíficos isleños de sus feroces vecinos; se enriquecería la corona, y se ar-

rancarían de la perdicion vastas multitudes de almas llevándolas al cielo á la fuerza. Tan extraños sofismas, engañan á veces á los hombres mas rectos y magnánimos. Colon temía desazonar á los reyes con el poco producto de su empresa, y deseaba hallar algun modo de alijerar sus gastos hasta que pudiese abrir manantiales de copiosas riquezas. La conversion de los infieles por medios buenos ó malos, por persuasion ó por violencia, era una de las máximas populares de su tiempo; y al recomendar la esclavitud de los caribes, creía Colon obedecer los dictados de su conciencia, cuando solo escuchaba las insinuaciones de su interes. Debe añadirse en justicia, que no aprobaron los soberanos sus ideas, mandando que se convirtiesen los caribes como el resto de los isleños; órden que emanó del corazon misericordioso de Isabel, benigna y constante protectora de los indios.

Se dió la flota al mar el 2 de febrero de 1494. Aunque no trajo riquezas á España, se mantuvieron vivas las esperanzas por la animada carta de Colon, y las muestras de oro que trasmitia: corroboraban sus favorables descripciones las que daban en sus cartas fray Boil, el Dr. Chanca; otras personas de crédito, y personalmente Gorvalan. Los sordidos cálculos de las almas mezquinas estaban todavia ahogados por el generoso entusiasmo del público, exaltado con el sublime carácter de aquellas empresas. Era en efecto idea maravillosa la de introducir nuevas razas de animales y plantas, la de edificar ciudades, extender colonias, y arrojar las semillas de la civilizacion á ilustrado imperio por aquel mundo hermoso aunque salvaje. Los ánimos de los letrados clásicos se llenaron de admiracion y agradables ensueños y visiones, pareciéndoles que veian realizarse las pinturas poéticas de las antiguas edades. «¡Colon, dice el anciano Pedro Mártir, ha comenzado á edificar una ciudad, según me escribe últimamente, y á sembrar nuevas semillas, y á propagar nuestros animales! ¡Quién de nosotros hablará ya con maravilla de Saturno, de Ceres, ó Triptolemo, viajando por la tierra, y extendiendo los nuevos inventos entre los hombres!» «¿Quién de los fenicios que á Tiro y á Sidon edificaron? ¿Quién de los tirios mismos, cuyos ambulantese deseos los hacian emigrar á tierras extrangeras, y erigir en ellas nuevas ciudades, y establecer comunidades é imperios nuevos?»

Tales eran los comentarios de los hombres bondadosos é inteligentes que saludaban con entusiasmo el descubrimiento del Nuevo-Mundo, no por la riqueza que traería á la Europa, sino por el campo que abría á las empresas benévolas y gloriosas, y por las mejoras de la vida civilizada, que dispensaría profusamente por sus bárbaras é incultas regiones.

CAPITULO VIII.

DESCONTENTO EN ISABELA.—MOTIN DE BERNAL DIAZ DE PISA.

(1494.)

El embrion de la ciudad de Isabela iba desenvolviéndose rápidamente. La rodeaba un muro de piedra para protegerla de repentinos ataques de los naturales; si bien los indios de la vecindad mostraban muy amistosa disposicion, trayendo provisiones que cambiaban contentos por bagatelas europeas. El dia de la epifania, 6 de enero, estando la iglesia casi acabada, celebraron misa con gran pompa y solemnidad el padre Boil y los doce eclesiásticos. Así parecia que iban los negocios de la colonia en buen órden; y Colon, aunque todavia en cama, empezó á tomar medidas para su proyectada expedición á las montañas de Cibao, cuando una circunstancia inesperada absorbió toda su intencion por algun tiempo.

La salida de la flota para España fue un melancólico espectáculo para aquellos cuyo empeño les obliga-

ba á permanecer en la isla. Frustradas sus esperanzas de inmediata riqueza, cansados del trabajo á que se les obligaba, é intimidados por las enfermedades dominantes, empezaron á mirar con horror aquel desierto, considerándolo como tumba de sus ilusiones y de sí mismos. Cuando desapareció la última vela que llevaba á sus camaradas á España, se sintieron completamente separados de su patria, y los tiernos recuerdos del hogar natal, reprimidos accidentalmente por la novedad y bullicio en que estaban, se reaccionaron vigorosamente en su ánimo. La vuelta á España era su primer deseo; y la misma falta de reflexión que les lanzó á la empresa sin conocerla apenas, los incitaba entonces á abandonarla, valiéndose de cualesquiera medios, por desesperados que fuesen. Donde prevalece el descontento popular, rara vez falta algun espíritu osado que le dé una dirección peligrosa. Bernal Diaz de Pisa, hombre de alguna influencia, que habia ejercido un oficio civil en la corte, vino de contador en la expedición y prevaleciendo de su poder oficial, pronto se puso en desacuerdo con el almirante. No satisfecho de su empleo en la colonia, tardó poco en formar una facción entre los descontentos, y propuso que se aprovecharan de la enfermedad de Colon para apoderarse de uno ó de los cinco buques que habia en el puerto para volver á España. Fácil seria justificar su clandestina vuelta, profiriendo quejas contra el almirante, representando la falacia de sus empresas, y acusándole de usar groseros engaños y exageraciones en sus informes acerca de los países que habia descubierto. Es probable que le creyesen algunos de aquellos hombres real y verdaderamente culpable de los delitos que ellos mismos fabricaban en su contra; porque al frustrárseles sus avaras esperanzas, no reflexionaban acerca del verdadero valor de aquellas fértiles islas que habian de enriquecer naciones enteras con los productos de su suelo. Todo país era estéril á sus ojos si no estaba preñado de oro. Aunque por las muestras que traian los indios á la ciudad, y por las que Ojeda y Gorvalan suministraron, tenian continuas pruebas de que los rios y montañas del interior abundaban en oro, no querian dar fé al testimonio de sus sentidos. Un tal Fermin Cado, hombre de obstinado y perverso entendimiento; que habia entrado en la expedición como ensayador y purificador de metales, contrajo acerca de ella las mismas prevenciones que Bernal Diaz. Defendia pertinazmente que no se hallaba oro en la isla; ó á lo menos que se encontraba en tan cortas cantidades, que no cubria los gastos de su explotación. Sustentaba que los grandes granos de oro virgen que los indios traian, estaban ya fundidos, y eran la lenta acumulacion de muchos años que habian ido pasando de generacion en generacion en las familias indias. Otras muestras de grande tamaño decia que eran de muy inferior calidad, y que las habian ligado con bajo metal los naturales. Muchos adoptaron su dictámen, y creyeron que en efecto estaba la isla destituida de oro. No se conoció el verdadero carácter de Fermin Cado, hasta que se supo que era su ignorancia igual, por lo menos, á su terquedad y presuncion, cualidades que van generalmente juntas.

Animados por cooperacion tan poderosa, algunos espíritus turbulentos de la colonia trataron de llevar el plan á ejecución inmediata, apoderándose de los buques y saliendo para Europa. Confiaban en que la influencia con que contaba Bernal Diaz de Pisa en la corte, le obtendria favorable recepcion; y esperaban con sus representaciones unánimes malquistar á Colon en la opinion del público, veleidoso y pronto siempre á abandonar á sus idólos.

Por fortuna se descubrió el motin antes de su compleción. El almirante mandó arrestar sin tardanza á los cabecillas. Al hacer investigaciones se encontró un memorial contra él, lleno de calumnias y falsedades,

escondido en la boya de un barco. La letra era de Bernal Diaz. Colon se condujo con ejemplar moderacion. Por respeto á la categoria y empleo de Diaz se abstuvo de imponerle ningun castigo personal; pero le destinó á bordo de uno de los buques, para que se le procesase en España, en vista de la sumaria de su delito, y del sedicioso documento que se le habia hallado. A los cabecillas inferiores los castigó segun el grado de su culpabilidad, pero no con el rigor que merecia la ofensa. Para precaver la repetición de semejantes atentados, mandó que se sacasen de cuatro de los bajeles las armas y municiones, poniéndolas en el principal buque, cuyo mando confió á los hombres de su mayor confianza.

Por vez primera ejercia Colon el derecho de castigar los delincuentes en su nuevo gobierno, con lo que se acarrearán las mas violentas animadversiones, á pesar de la lenidad de sus medidas, tan necesarias para la seguridad general, lo que no impidió que se calificasen de actos arbitrarios y vengativos. Se manifestó claramente la desventaja de ser extranero entre las gentes que gobernaba. Tenia que combatir las preocupaciones nacionales, que son quizá las mas insuperables y ciegas. Carecia de amigos naturales en torno suyo, mientras tenian los amotinados parientes en España, amigos en la colonia y simpatías en todos los descontentos. Así se engendró contra el almirante una hostilidad precoz que continuó desenvolviéndose durante toda su vida; y así se fraguaron los primeros eslabones de la larga cadena de facciones y motines que tanto dieron que hacer al gobierno.

CAPITULO IX.

EXPEDICION DE COLON A LAS MONTAÑAS DE CIBAO.

(1494.)

HABIENDOSE al fin restablecido de su larga enfermedad, y muerto en agraz el motin de Bernal Diaz, se preparó Colon para marchar inmediatamente á Cibao. Confío durante su ausencia el mando de la ciudad y buques á su hermano D. Diego, señalándole personas idóneas para su consejo y ayuda. D. Diego está pintado por Las-Casas, que lo conocia personalmente, como sugeto de mucho mérito y discrecion, de pacífico y suave carácter, y mucho mas franco que sagaz. Era muy moderado en todos sus actos; vestia casi como un sacerdote, y Las-Casas piensa que tenia secretas esperanzas de obtener dignidades eclesiásticas, indicacion que tambien hace el almirante en su testamento. Como intentaba Colon erigir una fortaleza en las montañas, y formar un establecimiento para la explotación de las minas, llevó consigo los artifices, trabajadores, mineros, muriciones é implementos necesarios. Tambien iba á entrar en los territorios del temido Caonabo; por lo que le importaba llevar bastante fuerza, no solo para vencer cualquier obstáculo material que pudiera ponerse, sino tambien para propagar por el país una formidable idea del poder de los blancos, y contener á los indios en la perpetracion de actos de violencia contra los cuerpos ó individuos aislados que pudiesen caer en sus manos. Salieron cuantas personas no eran indispensables en el establecimiento y gozaban de salud, con toda la caballería que pudo reunirse; adoptando mil medios para dar á los salvajes una prueba del esplendor militar de Europa.

El 12 de marzo, á la cabeza de cuatrocientos hombres bien armados y equipados, con relumbrantes yelmos y coseletes, con arcabuces, lanzas, espadas y arcos, seguidos de una multitud de indios vecinos, salió de la ciudad en orden de batalla con banderas desplegadas y al son de tambores y trompetas. Fue su marcha el primer dia por la llanura situada entre el mar y las montañas; vadeáronse dos rios, y atravesáronse verdes y hermosos prados. Pasaron los ex-

pedicionarios la noche acampados en ellos; al pie de una fragosa montaña.

El paso de aquellos ásperos desfiladeros presentó bastantes dificultades á la tropa, embarazada ya con implementos y municiones. Solo habia una vereda india, serpeando por entre rocas y precipicios, ó al traves de eriales y espesuras enmarañadas con la rica vegetacion de una foresta de los trópicos. Varios caballeros jóvenes y animosos se ofrecieron á abrir un camino á la hueste. Los jóvenes de España se habian acostumbrado á esta especie de servicio en las guerras moriscas, donde repentinamente solia ofrecerse abrir paso para las tropas y artillería á traves de las montañas de Granada. Arrojándose, pues, á la vanguardia con algunos zapadores, á quienes estimulaban con el ejemplo y promesas de liberal premio, pronto construyeron el primer camino que tuvo el Nuevo-Mundo; y que se llamó el Puerto de los Hidalgos, en honor de los bizarros caballeros que lo habian hecho.

Al dia siguiente se fatigó el ejército en la subida de aquel rápido desfiladero, llegando adonde las gargantas de la montaña dominaban el interior. Allí inesperadamente llenó su vista una tierra de promision; aquella gloriosa perspectiva que tanto habia deleitado á Ojeda y sus compañeros; vasta y fértil llanura, esmaltada con la variedad y gala de la vegetacion de los trópicos. Presentaban sus magnificas forestas una mezcla de magestad y belleza en las formas vegetales, conocida solo en aquellos generosos climas. Palmas de prodigiosa altura, y dilatados caobales levantaban sus frentes al cielo por entre el infinito y vario follaje. Mantenian universal frescura las abundosas corrientes que hendian con sus lácidas aguas el seno de la tierra; y mil villas y aldeas que se divisaban por entre los árboles, y el humo de otras que ascendia en diversos puntos de las selvas, daban señales de una grande poblacion. Se dilataba este suntuoso paisaje por cuanto alcanzaba la vista, y parecia desvanecerse en el lejano horizonte. Los españoles miraban con éxtasis aquella voluptuosa llanura que parecia realizar las ideas del Paraiso Terrestre; y Colon, viendo tanta grandeza, le dió el nombre de Vega Real.

Habiendo bajado por un breñoso paso, entró el ejército en el llano, con mucha pompa militar y estrépito de bellígeros instrumentos. Cuando vieron los indios salir de las montañas aquella resplandeciente hueste de guerreros cubiertos de acero, galopando en sus briosos caballos, y flameando sus banderas; y cuando por la vez primera oyeron resonar sus rocas y forestas con el ruido de clarines y tambores, no es extraño que creyesen tan maravilloso alarde vision mas que natural.

De esta suerte dispuso Colon sus fuerzas al acercarse á las grandes poblaciones, llevando la caballería en la vanguardia, porque inspiraban los ginetes no menos terror que admiracion. Las-Casas dice que creian los indios al principio fuesen un solo animal el caballo y caballero, y nada podia exceder su asombro cuando veian que este se apeaba; circunstancia que muestra, que el supuesto origen de la antigua fábula de los centauros está á lo menos fundado en la naturaleza. Al aproximarse el ejército, huian aterrados casi todos los naturales, y se escondian en sus casas. Y tal era su sencillez, que solo ponian una ligera puerta de cañas á los umbrales, y se consideraban perfectamente seguros con tan frágil amparo. Colon, contento de ver aquella candidez, mandó que se respetasen escrupulosamente estas barreras, permitiendo á los habitantes permanecer en su imaginada seguridad. El miedo de los indios se mitigó poco á poco por medio de los intérpretes, y de la distribucion de pequeños regalos. Su bondad y gratitud eran sin igual; y la marcha del ejército se retardaba continuamente por la hospitalidad de los numerosos pueblos que atrave-

saba. Tal era la franca comunión de aquellas gentes, que los indios que iban en el ejército entraban sin ceremonia en las casas, tomando en ellas lo que necesitaban, sin excitar sorpresa ó indignacion en los habitantes: estos querian hacer lo mismo con respecto á los españoles, y parecian admirados cuando no se les permitia. Probablemente se limitaba semejante liberalidad á los alimentos; porque se dice que no eran los indios ajenos á las nociones de propiedad, y que el latrocinio era uno de los pocos crímenes que se castigaban entre ellos severamente. Los comestibles, empero, estaban en general franqueados á la libre participacion en la vida india, y rara vez eran objeto de cambio, hasta que los blancos introdujeron en ella sus costumbres mercantiles. El ignorante salvaje, en casi todos los países del mundo, desdena hacer tráfico de la hospitalidad.

Después de una marcha de cinco leguas al traves de aquella llanura, llegaron á las márgenes de un ancho y magestuoso rio, llamado por los naturales el Yagui, y por el Almirante el rio de las Cañas. No sabia que era esta la misma corriente, que, después de serpear por la Vega, desemboca en la mar cerca de Monte-Christi, y á la cual en su primer viaje puso rio de Oro. En sus verdes orillas pasó el ejército la noche, alegre y animado con las bellas escenas que habia visto. Se bañaron y recrearon los soldados en las aguas del Yagui, gozando del paisaje, y de las deliciosas brisas que reinaban en aquella suave estacion. «Porque aunque hay poca diferencia, observa Las-Casas, de un mes á otro en todo el año en esta isla, y en la mayor parte de estas Indias, en el período desde setiembre á mayo, es como vivir en el Paraiso.»

A la siguiente mañana atravesaron el rio en canoas y balsas, y pasaron los caballos á nado. Por dos dias siguieron aun su marcha al traves del mismo llano, encontrando diversidad de robustas forestas y numerosos rios, muchos de los cuales bajaban de las montañas de Cibao, y se decia que llevaban polvos de oro mezclados con sus arenas. A uno de estos, cuyas cristalinas aguas fluian sobre lechos de redondas y lisas chinas, puso Colon el nombre de Rio-Verde por lo fresco y verde de sus orillas. En el discurso de la marcha pasaron por muchas poblaciones, donde hallaron generalmente el mismo recibimiento. Huian los sencillos habitantes al verlos, poniéndoles delante sus frágiles baluartes de caña; pero se les atraia fácilmente, y una vez amigos apuraban su escasa fortuna en obsequio de los extrangeros.

Entrando así por medio de aquella grande isla, que por todas partes presentaba vistas grandiosas de inculta pero bella naturaleza, llegaron por la noche del segundo dia á una sierra de altas y riscosas montañas, especie de barrera de la Vega. Aquellas le dijeron á Colon que eran las doradas montañas de Cibao, cuyas regiones comenzaban en sus ásperas cimas. Empezaba á volverse el país breñoso y difícil; y estando la gente cansada, se acampó para pasar la noche al pie de un rápido desfiladero, mandando delante á los zapadores á que abriesen camino. Desde allí enviaron las mulas á la colonia por pan y vino, habiendo empezado á escasear las provisiones; pues no estaban aun acostumbrados á los alimentos de los indios, que se hallaron después muy nutritivos y propios para aquel clima.

A la otra mañana continuaron la marcha por un estrecho y fragoso camino, en que tenian que llevar del diestro los caballos. Desde la cima gozaron otra vez la perspectiva de la deliciosa Vega, que presentaba desde allí aspecto todavia mas noble, extendiéndose ancha y dilatada por ambos lados como una verde y vasta laguna. Es la Vega, segun Las-Casas, de ochenta leguas de largo, de veinte á treinta de ancho, y de incomparable belleza.

Entraron al fin en Cibao, famosa region de oro, la

qual, como si la naturaleza se complaciese en contradicciones, presentaba la miseria exterior de los avaros, proporcionada en general á sus ocultos tesoros. En vez de la voluptuosa perspectiva de la Vega, solo contenia sierras de empinadas estériles montañas, apenas vestidas de lúgubres y solitarios pinos. Y los árboles de los valles, lejos de poseer la rica frondosidad de los de otras partes de la isla, eran débiles y enanos, á no ser los que por acaso crecian á las márgenes de los rios. Hasta el nombre del pais indicaba la naturaleza del suelo; pues Cibao, en la lengua india significa una piedra. Pero todavía algunos recesos de las montañas y humbrosas aberturas de los valles, regados por cristalinos arroyos, presentaban con su verdura y giros de arboledas mas agradable vista por la esterilidad que las rodeaba. Lo que sirvió, empero, á los españoles de consuelo por la aspereza de la tierra, fue observar las partículas de oro que relucian entre las arenas de aquellas cristalinas corrientes, que aunque en cortas cantidades, se miraban como anuncios de las que en sí encerraban las montañas.

Los naturales que ya habian recibido la visita de Ojeda, vinieron á felicitar á los soldados con mucha alegría, trayéndoles comestibles, y sobre todo, granos y partículas de oro que habian juntado en los remansos de arroyos y torrentes, viendo con cuánto afán buscaban los españoles aquel metal. Por las arenas de oro que brillaban en todas las corrientes, conjeturó Colon que habria muchas minas en las cercanías. Se hallaron tambien muestras de ámbar y lapis-lázuli, aunque en pequeñas cantidades, y creyó Colon haber descubierto una mina de cobre. Se hallaba en el entretanto á diez y ocho leguas de su colonia; y la áspera naturaleza de las montañas hacia la comunicacion difícil. Abandonó pues la idea de penetrar en el pais, y determinó establecer un fuerte en las inmediaciones con guarnicion suficiente, para labrar las minas, y explorar el resto de la provincia. Eligió para ello una agradable eminencia, rodeada casi enteramente por el rio Janique, cuyas aguas eran tan puras como si estuvieran destiladas, y el suave murmullo de su corriente armonioso al oido. En su lecho se hallaban raras piedras de varios colores, grandes masas de precioso mármol, y piedras de exquisito jaspe. De las faldas de la colina se extendia una de aquellas graciosas y verdes llanuras, llamadas sábanas por los indios, refrescada y fertilizada por el rio.

Aquí fue donde mandó erigir Colon una fortificacion de madero, capaz de resistir cualquier ataque de los indios, y protegida por un profundo foso en el lado en que el rio no la garantia. Le dió al fuerte el nombre de Santo Tomás, como agradable y piadoso chiste, reprobando la incredulidad de Fernin Cado y sus escépticos adherentes, que rehusaban con obstinacion creer que produjese oro la isla, hasta verlo con sus ojos y tocarlo con sus manos.

Habiendo sabido los indios la llegada de los españoles á su pais, vinieron á bandadas de varias partes, deseosos de obtener bagatelas europeas. El Almirante les significó que les daria lo que quisiesen en cambio de oro; oyendo lo cual muchos de ellos, corrieron al rio inmediato, y juntando y escogiendo en sus arenas, volvieron al poco tiempo con cantidades considerables de oro en polvo. Un anciano trajo dos pepitas de oro virgen que pesaban una onza, y se creyó espléndidamente pagado al recibir por ellas un cascabel. Y como viese que admiraba el Almirante su tamaño, afectó tratarlas con desprecio, como insignificantes, diciendo por señas, que en su pais, que solo distaba medio dia de camino, se hallaban piezas de oro como naranjas de grandes. Otros indios trajeron granos de diez y doce dracmas; y aseguraban, que en el pais adonde los habian adquirido, se hallaban masas de mineral tan grandes como cabezas de muchachos.

Mas como de ordinario sucede, se hallaban aquellos sitios dorados en algun remoto valle, ó pedregosa y oculta corriente; y el mas rico punto cada vez á mayor distancia; porque la tierra de promision está siempre del otro lado de los montes.

CAPITULO X.

ESCURSION DE JUAN DE LUJAN POR LAS MONTAÑAS. — COSTUMBRES Y CARACTERES DE LOS NATURALES. — VUELVE COLON A ISABELA.

(1494.)

En tanto que el Almirante permanecia en las montañas inspeccionando la construccion de la fortaleza, fue un caballero jóven de Madrid, llamado Juan de Lujan, con una pequeña partida á explorar la provincia toda, la que, segun los informes de los indios, debia ser igual en extension al reino de Portugal. Volvió Lujan despues de algunos dias, dando la relacion mas satisfactoria de su viaje. Habia atravesado gran parte de Cibao, pais mas capaz de cultura que se creyó al principio. Era generalmente montañoso, y cubierto de pedrezuelas azules, pero tenia buenos pastos en algunos valles. Tambien las montañas, humedecidas por frecuentes aguaceros, producian yerba de viva y robusta vegetacion, que llegaba con frecuencia á las sillas de los caballos. Las florestas le parecian á Lujan llenas de especias, habiéndolo engañado el olor de las yerbas y plantas aromáticas que abundan en los bosques de los trópicos. Se veian preparar grandes vides hasta las cimas de los árboles, cargadas de racimos ya maduros, llenos de jugo, y de agradable gusto. Cada valle ó llano tenia sus corrientes grandes ó chicas, segun la corpulencia de la vecina montaña, y todos daban mas ó menos oro en partículas, mostrando lo comun de aquel precioso metal. Se suponía, que hubiese aprendido Lujan de los indios muchos de los secretos de sus montañas, y visitado los sitios donde se hallaban los mas ricos minerales y las corrientes mas abundantes en oro. Pero en todos estos puntos observó un discreto misterio, comunicando las particularidades solo al Almirante.

Casi acabada la fortaleza de Santo Tomás, dió Colon su mando á Pedro Margarite, el mismo caballero que habia recomendado antes al favor de los soberanos; dejándole una guarnicion de cincuenta y seis hombres. Luego emprendió su regreso á la Isabela. Al llegar á las márgenes de Rio Verde en la Vega Real, se encontró á los españoles que traian provisiones para el fuerte. Por esto se detuvo algunos dias por aquellos sitios, buscando el mejor vado del rio, y estableciendo un camino del puerto á la fortaleza. Pasó este tiempo en los lugares indios, esforzándose en acostumbrar sus gentes á los alimentos de las del pais; y en inspirar á estas un sentimiento de reverente afecto hácia los blancos.

Del informe de Lujan dedujo Colon algunas nociones respecto al carácter y costumbre de los naturales, con las cuales se familiarizó aun mas el tiempo que vivió entre las tribus de las montañas y la llanura. Puede ser aquí interesante una breve noticia de varias costumbres características que no se tomará solo de las observaciones que hicieron en este viaje el Almirante y sus oficiales, sino de los recuerdos que dió posteriormente la indigesta disertacion de un fraile llamado Roman, pobre hermitaño del orden de los hieronimitas, como él mismo se titula, colega del padre Boil, y misionero por mucho tiempo en la Vega.

Colon habia ya descubierto el error de una de las opiniones formadas en el primer viaje, sobre aquellos isleños. No eran tan pacíficos, ni tan ignorantes del arte de la guerra como se figuró á primera vista. Le engañaron en este juicio su propio entusiasmo, y la suavidad de Guacanagarí y de sus súbditos. Las ca-

suales invasiones de los caribes obligaron á los habitantes á emprender el manejo de las armas. Las tribus montañosas de las costas, especialmente de las que miraban hácia las islas caribes, eran de carácter mas recio y beligeró que las de las llanuras. Caonabo, el caudillo caribe, habia introducido algo de su espíritu guerrero en el centro de la isla. Pero, generalmente hablando, las costumbres de aquellos isleños parecian templadas y suaves. Las guerras entre ellos, si alguna vez ocurrían, eran cortas y no acompañadas de grande efusion de sangre. Por lo comun se mezclaban unos con otros amistosamente.

Colon se habia tambien lisonjeado con la equivocacion de que los naturales de Hayti estaban destituidos de toda idea religiosa, creyendo que seria por lo tanto fácil, introducir en sus ánimos las doctrinas de la cristiandad, porque sin duda ignoraba que es mas dificultoso encender el fuego de la devocion en el pecho helado de un ateo, que dirigir su llama hácia otro nuevo objeto, despues que ya está encendida. Pocos seres hay empero de tan menguada inteligencia, que no sientan en sí mismos la conviccion de una deidad gobernadora. Jamas ha existido una nacion de ateos. Pronto se descubrió, pues, que tenian los isleños su religion, aunque de vaga y sencilla naturaleza. Creian en un númen supremo, que habitaba los cielos, era inmortal, omnipotente é invisible; le suponian un origen determinado, dándole madre, pero no padre. Nunca usaban de culto directo, sino que se valian como mensajeras de otras deidades inferiores llamadas zemis. Cada cacique poseia su dios tutelar de este orden, á quien invocaba y fingia consultar en sus empresas públicas, y á quien todos sus súbditos reverenciaban. Tenian casas aparte, como templos de estas deidades, en que habia imágenes de los zemis talladas en madera ó piedra, ó hechas de barro, y generalmente de monstruosa y repugnante forma. Cada familia y cada individuo tenia tambien su zemi particular ó genio protector, como los Lares y Penates de los antiguos. Los ponian por toda la casa, ó en sus muebles; algunos eran de pequeño tamaño, y se los ceñian los indios á la frente cuando iban á la guerra. Creian que fuesen trasfribles los zemis con todo su poder, y frecuentemente se los robaban unos á otros. Cuando se presentaban los españoles entre ellos, escondian los ídolos, porque no se los llevasen. Imaginaban que todos los objetos de la naturaleza estuviesen presididos por los zemis, de los cuales cada uno tenia un encargo ó gobierno especial. Influian en las estaciones y los elementos, causaban la abundancia ó esterilidad de los años, desataban los huracanes y torbellinos, las tempestades y el trueno, las suaves y templadas brisas, y las fructíferas lluvias. Gobernaban las mares y las selvas, las manantiales y las fuentes, como las Nereidas, las Driadas y Sátiros de la antigüedad. Distribuian la fortuna en la caza y pesca, conducian las aguas de las montañas por seguros cauces á discurrir pacíficamente las llanuras en alegres arroyuelos, ó mañosos y caudalosos rios; pero en su enojo las hacian tambien precipitarse en indomables torrentes é inundaciones, devastando con ellas los valles y praderías.

Tenian tambien los indios sus bucios, ó sacerdotes, que pretendian comunicarse con los zemis. Practicaban estos rigorosos ayunos y abluciones, y aspiraban el polvo, ó bebían la infusion de cierta yerba que les producía embriaguez y delirio. Con tales procedimientos sufrían, segun ellos, trances y visiones, en que los zemis les revelaban los sucesos futuros, ó los instruían en la cura de las enfermedades. Eran generalmente grandes herbolarios, y muy instruidos en las propiedades medicinales de los árboles y las plantas; curaban las enfermedades usando de algunos simples, y de muchos ritos y ceremonias misteriosas,

que suponian fuesen hechizos, cantaban y quemaban teas en el cuarto del paciente, y pretendían exorcisar la enfermedad, expelerla de la habitacion, y lanzarla al mar ó á las montañas.

Llevaban el cuerpo pintado de figuras de los zemis, que miraban con horror los españoles, como otras tantas representaciones del demonio; y los bucios, estimados como santos por los naturales, eran aborrecidos por los europeos como nigromantes. Asistian estos sacerdotes frecuentemente á los caciques, en la práctica de engañar á sus súbditos, pronunciando oráculos al traves de los zemis, por medio de tubos vacíos; inspirando á los indios valor guerrero con la prediccion del buen éxito ó prometiéndoles lo que el caudillo deseaba, ó atemorizándolos con amenazas.

Solo se conserva recuerdo de una de sus principales ceremonias religiosas. El cacique señalaba dia para celebrar una especie de festividad en honor de su zemi. Acudian los indios de todas partes, y formaban una procesion solemne; los padres se decoraban con los mas preciosos ornamentos que poseían; las vírgenes iban enteramente en cueros. El cacique ó el principal personaje marchaba á la cabeza, tocando una especie de tambor. Así continuaban hasta la casa sagrada, en que estaban las imágenes de los zemis. Llegados á la puerta, se sentaba fuera de ella el cacique, y seguía tocando su tambor mientras la procesion entraba, llevando las hembras cestas de tortas adornadas de flores, y marchando al son de su propio canto. Recibían los bucios los presentes con descompasados gritos ó alaridos. Quebraban las tortas despues de ofrecidas á los zemis, y repartían los pedazos entre las cabezas de familia, que los conservaban cuidadosamente todo el año como impeditivos de adversos accidentes. Hecho esto, se adelantaban les mujeres á cierta señal, cantando himnos en honor de los zemis, ó en prez de las heróicas hazañas de sus antiguos caciques. Toda la ceremonia concluía con una invocacion á los zemis, pidiéndoles que vigilaran por la patria y la protegieran.

Ademas de los zemis tenia cada cacique tres ídolos ó talismanes, que no eran otra cosa que meros pedazos de piedra, muy venerados por ellos y sus súbditos. Al uno atribuían el poder de producir abundantes cosechas; al otro el de quitar los dolores del parto; y al tercero el de traer el sol ó la lluvia, segun se necesitaba. Colon envió tres de ellos á los soberanos.

Las ideas de los indios respecto á la creacion eran vagas é indefinidas. Daban á su isla de Hayti prioridad de existencia sobre todas las otras; y creian que el sol y la luna habian salido originalmente de una caverna de la isla, para dar luz al mundo. Esta caverna existe todavía á siete ú ocho leguas de cabo Francois. Tiene ciento cincuenta pies de longitud, y casi lo mismo de altura; pero es muy estrecha. No recibe mas luz que la de la entrada, y de un agujero redondo del techo, por donde dicen que salieron el sol y la luna á tomar su lugar en los cielos. La bóveda es tan regular y proporcionada, que mas bien parece obra del arte que de la naturaleza. En tiempo de Charlevoix se veían aun entalladas en las rocas las figuras de varios zemis, y los restos de nichos para recibir estatuas. Esta caverna era tenida en grande veneracion. Estaba pintada, y adornada con ramos verdes y otras decoraciones sencillas. Había en ella dos imágenes ó zemis. Cuando se necesitaba lluvia, iban los indios en peregrinacion allí, cantando y bailando, y llevándoles ofrendas de frutos y flores.

Creian que salió el género humano de otra caverna; los hombres corpulentos por una abertura, y los pequeños por un agujerillo. Vivieron mucho tiempo sin hembras; pero vagando en una ocasion cerca de un lago, vieron ciertos animales por las ramas de los